

LAPALABRA

YELHOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ana M. González
Universidad de Estudios Internacionales de Pekín

Agridulce y el mestizaje sino-británico

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 54, octubre-diciembre 2020, pp. 91-92.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección de Editorial
La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Agridulce

y el mestizaje sino-británico

Ana M. González

Tal vez yo vaya a contracorriente, pero cualquier lector voraz y visceral sabrá de lo que hablo: parece relativamente sencillo comentar cualquier libro recientemente leído, pero se pueden contar con los dedos de las manos aquellos que resisten sin diluirse el paso del tiempo, y que siguen presentes con tal vigor en nuestro paladar como si tan solo hubieran transcurrido unos minutos desde su fagocitación. Éramos otros los que los leímos, y a pesar de nuestras transformaciones evolutivas, maremos interiores o circundantes, ahí siguen, intactos como una puerta lista para ser nuevamente entornada y transportarnos a aquellos vergeles multisensoriales que un día recorrimos.

Agridulce, de Timothy Mo, es uno de estos libros: una vez leído, no hay vuelta atrás; ahí quedará, formando parte para siempre de nuestro entorno de historias indelebles y de vecinos con nombres y apellidos, con olores, con rostros por siempre reconocibles entre la multitud de personajes literarios que habitarán, como inquilinos o como propietarios, nuestra barriada mental.

¿Podría existir mejor forma de adentrarse en la literatura china que a través del más emblemático de sus sabores?, o mejor aún, ¿a través de la trastienda de un restaurante chino? Es una entrada fragante, discreta, tanto si conoces China como si solo existe en su imaginario en construcción.

Primeramente, debemos trasladarnos, igual que la joven emi-

grada familia Chen, al Londres de los años sesenta a uno de esos guetos periféricos en los que se confina a un crisol de emigrantes que, lejos de sus raíces, su cultura y su gente, se convierten en fantasmas en una y otra orillas: “Los Chen llevaban cuatro años viviendo en el Reino Unido, tiempo suficiente para haber perdido su lugar en la sociedad de la que habían emigrado, pero insuficiente para sentirse cómodos en la nueva. Ya nadie los echaba de menos”. Allí transcurre la vida de los Chen, primero trabajando el esposo como camarero en un restaurante cantonés del Soho y, posteriormente, arrastrado, con esa pasiva resignación que parece caracterizar su inercia existencial, a su propio negocio, un negocio que Lily, su consorte, hace posible material e intelectualmente, sometiéndose para ello, durante años, a la más extrema de las frugalidades, ahorrando de la nada moneda a moneda, animada por una determinación ciega e invisiblemente apasionada, casi demiúrgica: “La verdad era que estaba dispuesta a aceptar para sí misma una existencia que no toleraría para Man Kee. Su hijo tendría las oportunidades de las que ella había sido excluida a causa de su sexo y su mala fortuna. Antes que verle permanecer en su nivel, lo arriesgaría todo”.

Y es que estamos ante una novela familiar y costumbrista, narrada pausadamente, que se regodea en los detalles domésticos, las esquinillas, los colores, las texturas... No precisa de un lenguaje con malabares ni de metáforas ingeniosas; los propios hilvanos de la realidad descrita con los pies en la tierra le confieren al relato ese agridulce regusto poético que transita la frontera entre la belleza y la fealdad.

También estamos ante una novela de valores confucianos que se debaten entre su preservación en un mundo ajeno a ellos y su relajación o extinción; donde Chen, de

“cara pastosa, de bollo, con facciones aplastadas que le daban un carácter que de otro modo le habría faltado”, “un marido amable aunque aburrido”, vive arropado por los cuidados estándar de la buena esposa china que le da el lugar supuesto: esto es, en la mesa, en el lecho, en la casa y en la calle, mientras ella teje desde el silencio y la ausencia de drama el intrincado presente y futuro de la familia a base de serena determinación, interminables cálculos, inconfesables sacrificios y un mundo interior que bulle silente, en esa perenne soledad de las heroínas de a pie. Una auténtica matriarca china, que asume como obligación intrínseca a su propia existencia la de llevar el peso de la unidad familiar sobre sus espaldas, con disciplina marcial y contención casi hagiográfica, pero sobre todo con el aura de invisibilidad que indefectiblemente impone el ojo masculino, tal y como un delicioso narrador omnisciente recoge:

Lily era un pozo de irritantes pero incontrovertibles muestras de sabiduría popular como esta que había aprendido de su padre, quien había sido curandero a tiempo parcial y boxeador chino. [...] Chen no la consideraba bonita. Tenía la cara larga y delgada, bastante caballuna, y la boca era demasiado grande para el resto de las facciones; también tenía un diminuto lunar justo debajo del borde inferior en el lado izquierdo, el cual se convertía en un hoyuelo cuando sonreía, cosa que hacía con frecuencia, con excesiva frecuencia para estar en consonancia con el ideal pasivo de belleza femenina que Chen albergaba.

Ella, la esposa de Chen y madre del pequeño Man Kee, es el personaje más redondo de Timothy



Chen Tianhan: Anciano de cuello largo

Mo en esta tragicómica obra escrita en 1982. Paradójicamente, es ella quien, tanto en la pareja como en la propia familia, encarna el principio masculino *yang* de la dualidad armónica y complementaria del tao (yin-yang: la oscuridad, la pasividad, lo femenino, la absorción frente a la luminosidad, la actividad, lo masculino, la penetración). Es ella la que siembra, abre ventanas, remienda, mira al norte, se lleva a Inglaterra a su hermana mayor, Mui, educada para “convertirse en una mujer: dócil, cumplidora, considerada, abnegada, dentro de sus límites veraz y honorable; y, huelga decirlo, absolutamente sumisa a los menores deseos de sus superiores”. Lily, por su parte, alejada de las coletas y los vestidos de flores hasta los 10 años, había sido entrenada en las artes mar-

ciales, sin escatimar rigor ni dolor, por un padre ávido de un hijo varón que nunca tuvo. Esa disciplina conformará la fisonomía de su cuerpo y de su alma.

Un aciago día, Chen, a pesar de la distancia y en obediencia a la incuestionable piedad filial, se ve obligado a mandar dinero a su padre y, a espaldas de Lily, decide pedirlo prestado al otro gran protagonista colectivo de esta novela: la familia Hung, una de las famosas y poderosas tríadas chinas, consagrada al lado oscuro de la “máquina del dinero”: usura, juego, drogas... De la mano de esta extensa familia nos adentramos en el mundo de las mafias chinas, fundamentalistas de los valores tradicionales e implacables, una auténtica isla en medio de otro mundo. Con ella, la narración adquiere ciertos tintes de no-

vela negra, manteniendo su tono costumbrista, lo que nos permite entever con plasticidad absoluta sórdidas realidades cuya existencia resultaría de otro modo sumamente difícil de imaginar, que no entender, para un occidental.

El tema de la cita no corresponde con la frase que la introduce:

Había amado al marido, le amaba aún. Esperaba con alegría el día en que regresara, ya que sabía con una certeza que iba más allá de la fe que algún día regresaría. Pero, mientras tanto, ¡qué ligera se sentía! No era posible que el marido hubiera supuesto una carga para ella. Era un hombre tan callado y discreto..., pero era como si le hubieran quitado una losa de encima y hubiera alcanzado la altura que hubiese debido tener. Creía haber encontrado el equilibrio de las cosas por primera vez, el yin cancelando al yang.

Timothy Mo, hijo del mestizaje sino-británico, con vocación de escritor desde los 12 años, ha hecho de los encontronazos y las intersecciones entre culturas no solo el *leitmotiv* de su narrativa, sino también de su discurso vital y militancia, lo que lo ha llevado a virar del estrellato literario a renegar de una industria con la que no comulga, creando su propio sello editorial.

Sin duda, adentrarse de su mano en la literatura china, y no solo en alguna de las miles de Chinas que coexisten, será una sabia decisión, el preámbulo epistemológico, espiritual y estético para futuras lecturas que difícilmente nublarán el recuerdo de *Agridulce*. **LPyH**

Ana M. González es profesora de Estudios culturales en la Universidad de Estudios Internacionales de Pekín.